

DOS OBRAS: DOS HOMBRES

"El hombre en busca de su Dios": Fernando Centeno

"Fuego y tierra": Arturo Echeverría

Rodrigo Cordero V.

Fernando Centeno y Arturo Echeverría:
LA POESIA EN POS DE UNA VERDAD

“¿Qué químera es, pues, el hombre? ¿Qué monstruo, qué caos, qué contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas, débil gusano; depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y error; gloria y desecho del universo. ¿Quién esclarecerá esta confusión?”

Blaise Pascal

PROLOGO

El hombre es un creador: el artista crea belleza, el poeta es un artista que plasma su pensamiento en el poco expresivo medio del lenguaje, débil arma para quien en la magia de su intimidad vive un universo de sensaciones. Posiblemente la respuesta a este enigma, a esta decidida incapacidad de comunicarse, sea ese terrible cotidiano comprobar: el hombre en su interioridad está profundamente sólo, desesperadamente solo.

Para quienes pretenden creer que la vida es simple... no les queda más que eso: ser simples, pero para quien el sentido de los objetos exteriores tiene un misterioso velo, para éste, el más paradójico de los seres, la vida, el mundo y los hombres tienen un mensaje profundo.

Cuando el filósofo, el "que ama la sabiduría" es además artista, amante de lo bello, tenemos ante nosotros, ante nuestra presencia, un ser realmente paradójico.

Fernando Centeno y Arturo Echeverría son los poetas filósofos de Costa Rica, no son como Marchena, el poeta "del modernismo de la postguerra", o como Debrevo "el poeta del hombre"... Creo que Centeno y Echeverría vuelan más alto que Marchena con su inmortal "Vuelo supremo" y aunque su poesía esté más dedicada al "hombre—Centeno" y al "hombre—Echeverría" en comparación con el humanismo de Debravo, también podemos decir que es más angustiosa que la del valiente poeta de Turrialba. Tal vez únicamente Manuel Picado pueda asemejarse a la obra poética y filosófica de estos autores con su "Sinfonía del camino". Por ello podemos decir que C.R. ha dado dos grandes filósofo—poetas en el sentido moderno, a ellos el agradecimiento por ese "querer comunicarse".

LA SOLEDAD:

Yo no creo en la comunicación integral, no soy tan "optimista", miro día a día un mundo absurdo con mi inexplicable conciencia (eso del Yo es cosa misteriosa) que dentro de su soledad es como un pez en el mar: así nació y así debe de morir. Lo absurdo de las cosas no es porque tales lo sean o no, es por qué a mí se me presentan como algo "cubierto", todo lo juzgamos desde nuestro punto de vista personal y desde el punto de vista humano, "el hombre es la medida de todas las cosas" pero sólo para nosotros que somos hombres, en realidad "todo" es relativo.

Pues, este hombre está solo, en su contacto con el mundo, el de las cosas y el de los hombres. Esta soledad le lleva al filosofar, y si es artista lo puede guiar a la poesía.

Esta soledad del hombre, se puede decir, poco importa para "con las cosas", el hombre busca un sostén muy sólido, infinitamente sólido. El hombre en realidad no sólo desea admirar y conocer a un Dios, el hombre mismo tiene vocación de Dios, el hombre en su soledad quiere ser Dios; ¿acaso no es el deseo de saber un deseo de ser Dios? Y este hombre sigue progresivamente solo pese al avance incontrolable casi de la ciencia. El siglo XX ha producido un hombre solitario, en especial solitario porque es un hombre que vislumbra una humanidad cada vez más cerca de ciertos ideales de perfección, lo que para Theilard de Chardin es el punto Omega, para los marxistas es la sociedad comunista, para los científicos un mundo sin precedentes en bienestar material, para los pocos cristianos que lo son: un mundo de paz, e incluso para los agnósticos es innegable que pese al mucho dolor que aún hay en el mundo, este mundo va, como llamarlo, ascendiendo... En esta era crucial donde el panorama del hombre se ve cada día más complejo, el hombre moderno siente frío, frío de muerte (que siempre lo ha tenido), pero además un desconcierto especial: es un hombre que está perdiendo su religiosidad y es todavía un huérfano del progreso de la ciencia. Este hombre neurótico a ratos, entusiasta a otros, "cara al mañana" siempre... está solitario. Este hombre solo ha producido "síntomas sociológicos", como los guerrilleros, los hippies, los beatniks, quienes buscan un remedio a los males de este mundo con el invencible estímulo del amor... un lema de los jóvenes de ahora es "Hagamos el amor, no la guerra"... Por eso el hombre de nuestra era es un hombre solitario, se quiere librar de un Dios que por siglos significó esclavitud, segregación, ignorancia, miseria y que llenó de piedras preciosas sus catedrales con el sudor y la sangre de los pobres, pero no ha encontrado al Dios—Razón ni en la Ilustración ni en Hegel, no lo ha hallado en la ciencia, y teme no tener aún un Dios; éste hombre está sólo, como pocas generaciones en la historia. Ahora, ¿puede tener impacto la poesía de Echeverría o la de Centeno en estos jóvenes temerosos que también deseamos algún Dios? Sí, porque el eterno dilema de la filosofía es el que solamente ofrece perspectivas nunca soluciones, y si es en forma poética sean bienvenidas, especialmente bienvenidas.

Centeno y Echeverría han sentido la soledad, ellos quieren encontrar un "porqué vivir", ellos hablan de la muerte y de Dios, ellos quieren que haya un Dios, a veces temen en su soledad a la fuerza del intelecto: es lógico, son poetas... pero oigamos sus voces:

"Ya tengo abierta mi soledad. . ." Dice Echeverría:

"Ya tengo abierta mi soledad,
está en el prado
junto a la brizna

y en aquella piedra
que moja el agua”

Hace luego una analogía interesante:

“Yo tengo todo en mí,
cerca del agua, en el árbol y en la tierra:
mi soledad es de tierra”

Y continúa después: “Recojo las partículas de tierra...” y su soledad es “como a doncella el perfume de su cuerpo”, y luego reflexiona: “La tierra es paisaje de inquietudes...” Y ese hombre solo clama:

“Hay una oquedad sin tiempo,
un hondo grito sin palabras,
una voz sola,
que llama a la tierra, al agua”
“Es la del hombre que ahí tiene su raíz,
su soledad,
su soledad,
su plena y misteriosa cosecha de desesperanzas”

Esta soledad es casi constitutiva del hombre, éste se percata de la soledad a cada momento y en su choque con el mundo:

“La soledad y el silencio de los bosques. . .” Y en todas partes:
“las hondas sílabas del viento
que impaciente murmura entre los árboles,
todo está contenido en el hombre, en su estructura
fácil de cristal y espejo,
en su carne, en su espíritu”

A Fernando Centeno, como a Kierkegaard, lo podríamos llamar “el poeta de la soledad heroica”; a través de toda su obra es el hombre que eleva la voz a lo Alto porque “Estoy aquí. . . aquí abajo! ”. Esa incesante búsqueda está presente a cada paso, y se busca algo porque se está solo.

Dice Centeno: “¡Sin su pecado, el hombre está solo! ” “¡Es un ángel guerrero despojado de su espada! ” “¡Con su fe y su afirmación está más solo! ”. Este último es un descubrimiento peligroso y que lo aleja de la línea de Kierkegaard, pues al principio parecía concordar con el gran filósofo de Dinamarca: el pecado, mediante una hábil interpretación, constituía el drama del hombre pero también su sostén, pero en su fe trasciende optimista (aunque esté siempre solo también); en Centeno parece más bien desesperación. La soledad es pertinaz:

“Fue temporal en él la presencia de los dioses, la hora de su luz duró un instante? Mutables, transitorias, su fe y su afirmación llévanle al bosque de su soledad, en donde, como árboles, se ponen a crecer sus dudas”. La soledad adquiere todo su dramatismo cuando es, ahora Echeverría, quien dice:

“Este grito como agua prisionera
es la grieta de un muro,
esta soledad que viene de adentro,
de lo hondo, del pozo de los ojos,
de las aguas quemantes que me abrazan,
es fuego de mi piel y de mi alma
que incendia los silencios...” Y esos silencios y

los árboles y todo lo incendia: ya aquí se llega a la angustia, buen hijo de la soledad. El hombre es “pulsador de arpas invisibles! ” dice Centeno, en su soledad el hombre empieza a sentir angustia, pero para ello se pregunta...

La pregunta

Posiblemente el hombre no sería lo que es sin la pregunta. Es el signo fundamental de la inteligencia humana. Cuando el "homo sapiens" no se conformó en preguntarse si la naranja se comía, o no, si el vino embriagaba o no, y empezó a interrogarse por qué se comía la naranja y por qué se embriagaba con el vino, y más que eso: Quien hacía que aquellas cosas, naranja y vino, estuvieran para el hombre: Nació la filosofía, como respuesta a la inquietud humana.

El hombre formalizó un sistema basado en la pregunta con Sócrates: La mayéutica, y luego Platón dice que la primera virtud del filósofo es el —thaumatzein—admirarse o sorprenderse. La pregunta surge como en el niño, y el hombre da una respuesta que muchas veces ha sido completamente infantil: al feliz avance de la ciencia se quedan como historia las declaraciones pusilánimes ante el empirismo.

Centeno y Echeverría acuden a la pregunta, a veces con la simpleza de los niños, pero responden a la altura de su tiempo:

“¿Qué es lo efímero?
 ¿El pétalo? ¿El rocío?
 ¿Qué es en sí el símbolo de lo cambiante?”

Ha presentado Echeverría su pregunta, pero esta pregunta no es solamente curiosidad, es en el fondo un miedo hacia la muerte, es la agonía de Unamuno:

“Pasa el peregrino y el camino queda,
 y la roca y los huesos permanecen
 bajo tierra, y son el testimonio
 de la estructura humana,
 lo que fue en el tiempo.
 La gleba queda en su silencio”.

Centeno también pregunta, es la pregunta del hombre: el terrible comprobar diario ante la presencia del dolor, es una pregunta tierna, suave e implorante:

“¿Por qué, después de tanto trabajar en ellas,
 rompe la Naturaleza
 la vida de los cisnes y las rosas perfectas?”

Esta es una frase que punza, con otro sentido podría ser una acusación al Alguien que se busca. Y continúa ora con fe ora con duda:

“A su interrogación no hay respuesta: alguien malogra la
 lírica pregunta donde laten ya gérmenes de duda y rebeldía”.

Y Dice adelante con gran acierto:

“El hombre duda; revela incertidumbre su interrogación.
 Inquiridor sistemático, descubre el reino de la paradoja
 y la antinomia...”

Con brillantez y delicadeza relata la “paradoxa” del hombre:

“la pupila, adaptada al achatamiento del horizonte
 terrestre, Y privada de la altísima visión!”

Una y otra vez la pregunta se cierne sobre el pensador:

“La duda es columpio que va de sombra a luz;
 de la luz a la sombra... De la pregunta a la
 afirmación, de la fe a la incertidumbre otra vez”.

“¿Qué es lo que busco?” señala Echeverría, “¿Qué es lo que buscan los demás? ¿los que

comprenden y los que no comprenden? ”

Hace después una escisión entre lo emotivo y lo racional:

“Los que saben que el cielo es azul y que
en la playa, al amanecer del canto de las sirenas,
¿nacén los peces?

O los que encerrados en la fría lógica del número
saben que dos y dos son cuatro,
y viven y vegetan entre dos y dos y cuatro y cuatro? ”

Concluye Centeno con un ataque a la fuerza del intelecto; hay aquí cierta semejanza con el desdén hecho líneas arriba por Arturo Echeverría:

“El hombre, sin su duda y su pregunta, es un animal
bienaventurado. En medio de la claridad gloriosa
y el instantáneo arrocamiento, fue más solo: renacieron
su duda y su pregunta...”

Hay pues, como en Reid, una pregunta sencilla pero que no recibe ni de Centeno ni de Echeverría una respuesta total... es el dudar, el columpio de que habla Centeno, es el eco y el viento de Echeverría.

La angustia:

El término ha tenido una variable consideración histórica: hoy debe entenderse, aparte de la consideración popular, en dos sentidos: el psiquiátrico, en donde sería una “stress” especial, a modo de depresión, y en el sentido filosófico según el concepto heideggeriano. En este segundo sentido es que nos interesa. El camino es peculiar para cada individuo y sin embargo muchos lo conocen. Es algo reservado a los que Hegel llamaba “los condenados al filosofar”, y en este siglo de crisis ha sido pasto de los filósofos. Se puede llegar por varias rutas: una crisis nerviosa, una reacción moral, una influencia cultural... pero siempre aparece como una enfermedad: de repente sabemos de ella, pero no la recibimos de golpe. La genial descripción de M. Roquentin —en *La Náusea*— por Jean-Paul Sartre es quizá dramática, pero la verdad es que siempre la angustia es dramática: y más dramático aún es la realidad de que es la condición propia del hombre.

El tratar de eludir la angustia, el “divertirse” o darse vuelta de Pascal, no es en verdad solución real al problema y Echeverría y Centeno así lo conocen.

Este tremendo saber del hombre, ineludible en su carrera de ir acercándose hacia el morir, es la razón fundamental de la angustia. El hombre siempre ha temido a la muerte, pero, decíamos en el prólogo, este hombre está más solo y más solo quiere también decir, principalmente, solo de Dios. La inseguridad de Su presencia turba incesante e inclemente al hombre que se ve cada día más cerca de su muerte. Muestra el verso de Echeverría su conciencia de ser—para—la—Muerte.

“Es mi muerte, siempre presente y sola;
voy descifrando la estela, los signos;
tallando la vida
en el fino cristal del aire que respiro,
en el jardín y la casa de piedra o de barro.
que construyo o que habito
para modelar, en el gozo o en el dolor,
la forma en que vivo, palpo y siento
el pulso de la vida”

Dice más adelante:

“También el horror, vigilante, angustiado
agita las ramas y las hojas del alma,
insuflando helados vientos a las raíces,
quemando los ojos y cegándolos”.

En Fernando Centeno hay un patético llamado a los muertos, es la angustia ante la muerte misma:

“La belleza ideal de vuestra forma,
y la rosa de carne y el color de sus pétalos,
decid, silentes, humillados, quietos,
decid: ¿qué se hicieron? ”

Y más adelante:

“ ¡Alzaos y pedid, por lo que fueron,
un acabar más digno para el hombre,
un final más perfecto! ”

se acentúa la angustia del poeta: “ ¿olvidaron los muertos sus antiguos sueños? ” Y cae en la desesperación, cae en la fe, no es una fe simplona, es más bien un grito irracional: “es oración la desesperanza”, y pareciera concordar con Kierkegaard cuando éste dice: “la poesía es la ilusión antes del conocimiento, la religiosidad la ilusión después del conocimiento. La poesía y la religiosidad suprimen el ‘vaudeville’ de la sabiduría mundana del vivir. Todo individuo que no vive poética o religiosamente es un tonto”. Centeno afirma: “ . . . La ansiedad, ola que encontró su playa”, pero luego vuelve la duda y el enigma, vuelve la angustia:

“soy un ser onírico y dialéctico, y un cuerpo
deleznable que acostará sus huesos en el polvo.
Mi dialéctica y mis sueños, ¿son de tierra
deleznable también? ”.

Este preguntar a los muertos, esta desesperada súplica también se oye en Arturo Echeverría:

“El miedo y la angustia,
la noche con la muerte del día
sobre su manto,
la gran madre noche de la aficción y el amor,
tiene entre sus voces la mía,
que impreca y llora por los muertos”.

Esta angustia está adherida a su ser:

“ ¿Qué es lo que quiere mi angustia? ”
“Como la lluvia penetrante y fría,
está en el hueco del alma, en la flor de la sangre,
en la hiedra de los días, en las horas y los años
que imprimen en la piel su huella descarnada”.

Es un incesante sentimiento de la angustia, aquí, como en Heidegger, es el hombre ante la muerte, "ante el fin del drama" según Sartre:

"Hay que angustiarse en el dolor y la pasión,
en el amor, en el vino, en el descanso y el trabajo,
en la vida misma hasta llegar al polvo,
al lodo o a la nube, al mar o a la montaña".

"La esperanza es el peor de todos los males, pues prolonga el tormento del hombre" dice el inmortal creador de Zaratustra, y Centeno y Echeverría sienten angustia en su búsqueda de fe; desde luego no salen de la angustia: viven en ella.

En Centeno la angustia es pregunta llena de pasión, dice el poeta:

"Golpea mi sangre, encadenada, y mi carne goza y padece,
¿canto de este lado de la vida, o mi corazón será un
eco de la otra ribera?" Como lo dice el propio Centeno:
"En el Cenit de la angustia, habla a lo Alto..."

Y una vez y otra vez: "¿Hallé verdades absolutas en mi fe y mi afirmación?" y sigue: "¿He tejido la red de mi creencia y soy yo mismo el pescador y la pesca?"

Vemos pues, cómo en Echeverría y en Centeno la angustia es parte vital de su poesía, y será en ella donde ambos desemboquen con toda su riqueza artística.

La Poesía como ascenso

El ímpetu cuasidivino de lo humano se desborda en rico riachuelo con la creación artística: en esa fabulosa exploración del mundo, ese viaje, ese "ekstasis", estar fuera de sí mismo, logra amalgamar una perspectiva que bautizará con el sello de su identidad, de lo propio. Este creador hace imperecedera la materia que toca con el hálito casi mágico de su inspiración. Este es el más noble de los actos del hombre: forjar en el arcano de lo artístico.

La poesía tiene una misión de privilegio en el campo de la literatura: introducir la extasiante presencia de la música en el milagroso compás de las letras. Si se plasman intuiciones esenciales mediante una expresión florida y tenemos una vocación filosófica, habremos penetrado al pórtico de la filosofía-poética.

Para Fernando Centeno Güel y Arturo Echeverría Loría la poesía ha sido más que todo eso: es una manera, una hermosa manera de vivir.

La poesía cumple en estos dos poetas una misión de catarsis, más en el sentido aristotélico que freudiano. Es un verdadero ascenso hacia formas más sublimes y desde luego un camino de la angustia contra la angustia. Para ambos la poesía cumple un papel trascendental en la búsqueda vivencial de una Verdad; bien se podría decir que en el penoso laberinto de la existencia están sembrando un jardín de rosas.

"La poesía es un relámpago en la tiniebla interior" señala Centeno. Y va más adelante; luego dice: "La poesía no es sólo un ejercicio del arte que hace válida y posible la substancia del sueño; sino también, quehacer espiritual trascendente", luego añade: "Oración, es decir, impulso ascensional del alma", pero es más: "El hombre genera la poesía y ésta crea al hombre", aquí se nota, desde una interpretación existencialista, una manera de hacerse, una autocreación a través del arte.

En Echeverría la poesía es...: "Como un río anciano siempre renovándose... Yo siento sus extrañas corrientes, sus penetrantes guijarros, sus aguas desbordadas entre los hombres.... Es un río subterráneo que gime hasta buscar la luz, hasta llegar al llanto, hasta hacerse en el hombre su sangre y su palabra"; aquí, con inconfundible gracia y armonía tenemos también en Echeverría ese identificarse profundo entre el creador y lo creado y

su mutua relación.

“Es humilde como la misma tierra,
es la misma tierra hecha cantos y sangre...”

Añade Echeverría: “Poesía, río inmenso en que me ahogo,
buscándote en mi muerte, en mi sílaba,
herido de guadañas”

Luego medita con bellas alegorías:

“Es vida y muerte su destino,
su presencia es terror, alegría,
destrucción y forma”.

Luego la transforma en fuego devorador:

“Este es su dolor torturante
como la angustia: fuego”.
Es después ya “un encendido bosque”,
luego dirá: “el fuego es todo”.

Pero aparte de lo mencionado, la poesía es en Echeverría ese incesante ascender a lo alto, claro ejemplo es cuando afirma:

“Llega a lo hondo,
al profundo abismo en que se quema
la angustia y es esperar la muerte,
con sus llamas inclinadas al aire
que las hace veletas en la rosa de los vientos”.

Hay en Fernando Centeno un decidido ascender por medio de la poesía, clama con gracia:

“Tú que cuando te arrodillas
cobras celestial altura.
Tú, hombre y dios, hombre futuro,
que crea en la vida y en el sueño
tus islas de esperanza y mis cisnes de luto”

Luego hay una exaltación irracionalista, cuando afirma:

“La poesía logra el conocimiento, por caminos
fuera de la lógica (más allá de todo saber consciente)”

Es de destacar un deseo casi de soñar en los matices poéticos de Centeno; se ha introducido a un mundo irreal en busca de la realidad; ha ido a un camino sin salida cuando ya sabía que no había salida, así, en Centeno el implorar se hace norma de su canto poético, pero aún más se hace oración, parece que encuentra un refugio en esa actitud irracionalista:

“Privado de su lanza y su ficción Don Quijote
es solamente un loco solitario y sin relieve,
perdido en los caminos de la Mancha”

Se puede apreciar en el poeta una posición de exaltación a lo soñador del Caballero de la Triste Figura.

Señala luego, no sin cierto “angelismo”:

“Solamente el espíritu es apto para el clima de lo poético. De la veta recóndita de intuiciones y vivencias, de pensamiento y sentimiento en maridaje, extrae la materia y las esencias vitales para la forja de la poesía”.

Este “creador de desnudos arcángeles”, como llama al hombre Centeno, alcanza un clima casi de éxtasis en la proyección artística del artífice sobre la obra.

Podemos decir, con toda justicia, que el arte de Echeverría y Centeno no es solamente el amontonamiento rítmico de las palabras en versos y poemas: es la ferviente emancipación del fuego que quema en las entrañas, es el despedir, como volcanes colosales, toda la gama de pasiones de este “dios primitivo” del que habla Centeno.

Cosmogonía y antropocentrismo

Existe en nuestros autores, un decidido comunicarse al exterior florido: el poeta, en realidad, siempre es un admirador de las cosas, es, como el filósofo, un curioso. Esa comunicación con la naturaleza reviste aquí una interpretación honda, pues no es el simple conformismo de describir o plasmar las impresiones, sino que dan una interpretación, hay una apreciación del contorno y más allá: quieren formalizar la aparición del mundo en que de repente se han encontrado.

Este saber encontrar las formas hermosas es labor fácil para quien puede e imposible para el que no es artista; dice Rubén Darío con acierto: “El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas”. Tenemos que nuestros dos filósofo-poetas logran impregnar sobre el papel la fuerza vigorosa de lo personal, pero además con una interpretación peculiar. Como también decía Darío sus anhelos se pueden cifrar muy altos: “ser dignos de la alteza humana y de la bondad divina”.

Aunque no se pueda hablar de “naturalismo” ni de “pasión romántica” en el estricto sentido, sí podemos afirmar, en especial de Echeverría, un querer no sólo comunicarse con la naturaleza sino un ser parte de ella misma. De ese anhelo y de esa visión de la naturaleza es que surge una cosmogonía.

En realidad, en Fernando Centeno es más fácil hallar su cosmogonía en “El ángel y las Imágenes”, pero deja ver matices de lo que en la obra antes mencionada es un génesis al modo platónico-cristiano:

“la secreta relación de lo creado. . .

Afinidad de todo lo viviente.

Hay un vibrar fraterno entre las cosas,
una hermana conciencia que las mueve”

Sigue después:

“Realízase la comunión anímica con las fuerzas naturales y lo metafísico; halla el alma el hielo sutil que relaciona el universo, su continuidad infinita:

Venías, en el sueño,
ungida de tus íntimas esencias,
y yo te recordé porque el perfume
es memoria también”

Destácase en la última línea un evidente platonismo. En Echeverría existe una fusión casi, con lo natural y más allá incluso. Si bien no es una interpretación de la aparición del

mundo, tenemos un claro sentimiento de cosmopoesía, un ímpetu emocional que se desborda desde la soledad hasta la afirmación. León Felipe dice al respecto: "La poesía de esta hora, para ganar un lugar en las avanzadas del conocimiento, no ha de ser música ni medida, sino fuego", y es ceniza, agua, polvo, tierra, barro y fuego lo que utiliza magistralmente Echeverría.

"Estoy en mí mismo.

En mi principio, en mi término,

en la tierra, el barro,

junto al calor del fuego,

en la ceniza, el polvo,

y en el aliento humano".

Parece relacionar con gran belleza plástica: el agua con la vida, la tierra con el hombre y el fuego, fuerza cuásidivina, que a veces es sentimiento a veces poesía, con lo que redime y purifica, en un sentido realmente propio de los primeros estoicos.

Para Centeno éste es un mundo donde encuentra la presencia de un Dios oculto en "el teorema de la Creación", así su panorama adquiere la visión de una presencia misteriosamente velada. Para Echeverría es el encanto y la fuerza potente del mundo natural. En ambos está pues, presente la poderosa presencia de la naturaleza, esto los lleva a una cosmogonía, donde muchas figuras plásticas tratan de evocar lo oculto.

El agua adquiere especial relieve: dice Echeverría...

"La muerte está en la sed sin agua,

en la lluvia escondida bajo las alas sin vuelo,

en las piedras sin musgo del sendero".

Y aumenta su calor poético:

"Si yo fuera la lluvia,

si yo pudiera ser el alma de las gotas",

y luego:

"El agua, en el torrente

o en la intranquilidad de los ríos,

es un monstruo inquieto. . ."

A Dios van "las aguas de la sed" nos dice Centeno, y posteriormente:

". . . el llanto subterráneo

que lo aflige,

su carne falible,

su vida,

que transmite como un agua ilímite..."

Con esas frases nos recuerdan... "Nuestras vidas son cual ríos que van a dar a la mar que es el morir", pues en ellas el agua cobra ese sentido: corriente de vida, vida que va a la muerte, que puede ir a Dios.

Pero hallamos en la obra no solamente la panorámica comprensión de lo creado, sino un vigoroso esfuerzo por hacer de ello un punto de apoyo del hombre. Heidegger cree que este mundo es un mundo para el hombre, sencillamente porque estamos conquistándolo al darle un sentido de referencia humana de utilidad y provecho, no es propiamente éste el significado de Centeno, aunque sí se asemeja al de Echeverría, pero lo común es la visión del hombre angustiado a través de las cosas y haciéndose de ese hombre el eje

central del poema. Es por eso una poesía antropocéntrica, no para el hombre sino por el hombre, del hombre. En estos poetas existe la preocupación de un quehacer poético desde el centro mismo de los problemas humanos.

"Todo está contenido en el hombre" piensa Arturo Echeverría, pero lo decíamos en nuestro prólogo, se preocupa del hombre que él es:

"Estático en mí mismo, está
el principio que forma la espiga
y rotura la tierra ávida de cosechas
para dejar caer la semilla que germina,
o para abandonar a los muertos
más allá del polvo,
y el ruido de sus huesos..."

Aquí deja ver su problema, ese es un agonar en el sentido unamunescos, es una preocupación de hombre porque él lo es, pero no para el hombre.

Cuando oye divinas voces Centeno las refiere al "alma suspirosa de la tierra", pero es un canto para sí, no en función de la humanidad; adviértase sin embargo un reconocimiento de problema "propio del hombre" o mejor dicho, de los hombres:

"En mi ánima penetran
tu verdad y tus matices:
las verdades del hombre
y de su muerte;
séanme tangibles
la acerbidad de su destino..."

Tema de la muerte

La experiencia sin experiencia, lo que nadie ha podido narrar, el fin de esta vida de carne y hueso, la verdadera vida o la verdadera muerte, razón o absurdo del universo . . . la angustiosa Incógnita del hombre. En Echeverría y en Centeno, hombres de verdad, porque sólo es hombre el que teme a la muerte, el ineludible tema del filósofo y el poeta adquiere matices de gran fuerza expresiva. Centeno pregunta: "Es el hombre dueño de su propia alma". Pero nadie le responde.

Entonces clama el poeta :

"En la sangre hay un rumor
de espiga y canto
La espiga de su canción
le pertenece?
Era suya la vida,
suya la palabra"?"

Este es solamente el comienzo de la pregunta en Centeno... y después la desconcertante vaguedad...

"El anciano y el niño,
elegidos, desde el aire,
para la muerte.
La madre hilando
la canción del hijo

predestinado
para la muerte”.

La gran duda y el tema persisten pues “fui hecho de tu nombre y la carne del gusano”. Es impresionante su ruego a los muertos, pidiendo, “un acabar más digno para el hombre, un final más perfecto”, es una súplica y a veces parece un grito de protesta... Arturo Echeverría desconcierta un poco:

“¿El fin?
En nuestra muerte,
Que es principio
y antorcha encendida
por las voces que llaman”

Aquí adquiere dramatismo con la frase “antorcha encendida por las voces que llaman”, pero de fuerte impresión es luego cuando interroga:

“¿Qué es lo que buscamos?
Sólo la angustia tiene la respuesta,
hasta la muerte propia y tranquila que nos guía,
que es nuestra eterna compañera”.

Este trozo causa una fuerte impresión también, es duro como un golpe en el pecho. “Suprimid a Dios y se habrá hecho la noche en el alma humana” decía Lamartine; en Centeno y Echeverría la noche les preocupa hondamente, temen a la oscuridad y se sienten nacidos a la luz, para la luz, por eso su búsqueda que se repite ardiente en el fuego torrencioso de sus poemas, es lava, pero lava humana, es sangre que arde, es pasión pero también desesperación. Ese temor a la muerte, ese ser—para—la muerte del poeta y del labriego, del filósofo y del rey, del bueno y el malo, ese destino común que humilla al dios sin reino, acá atormenta pero acicata a Centeno y a Echeverría.

Escepticismo y anhelo

“La vida en Dios provee todo; supera los deseos del hombre, pues sólo Dios puede asegurarle la plenitud que anhela” afirma Sundari; en realidad la frase me parece ingenua pues es claro el sentimiento del hombre de alcanzar a Dios, eso resulta innegable, pero en realidad de querer a poder hay más profundidad que la que le da el refrán popular. Estamos ante la necesidad de soñar, eso sí, hay que definirse para vivir aunque sea definirse por el dudar, pero la interminable obsesión de hallar a esa Verdad ansiada nos lleva y nos trae por un laberinto.

Como en los inmortales versos calderonianos, Centeno y Echeverría se encierran en su soledad, como Cipriano para hallar a Dios, decía el joven antioqueño:

“Ya estoy solo, ya podré,
si tanto mi ingenio alcanza,
estudiar esta cuestión
que me trae suspensa el alma,
desde que en Plinio leí
con misteriosas palabras
la definición de Dios;
porque mi ingenio no halla
ese Dios en quien convengan
misterio ni señas tantas...”

Pero una y otra vez el anhelo de encontrar a Dios choca ante el escepticismo, a veces la luz se vislumbra pero pronto cae la oscuridad, pareciera como el misterio mismo del día y de la noche, hay un incesante meditar, pero acá la dialéctica se derrumba en brusca caída, sube y cuando parece haber logrado elevarse para no caer... es tan simple y fácil su retorno como la lluvia en la nube negra. Hay en ambos poetas un deseo de clausurar, de rematar, de dar golpe de gracia a la duda pero una y otra vez ésta renace como el musgo en la piedra, en verdad Echeverría no ve más camino que la muerte, Centeno solo ve la inspiración.

Da Centeno una definición de "verbo y atributo de la vida" para Dios, pero luego le llama ser incognoscible, dice de El "verdad demostrada en el Teorema de la Creación", pero también dice "tal vez la vida misma", es de nuevo el columpio de la luz a la sombra y así podríamos enumerar un escepticismo que se manifiesta en la perenne lucha entre la voluntad y el intelecto. Todo ello porque el hombre es "alma predestinada al infierno de la interrogación", quisiera que ese Dios fuese diáfano... más que el sol que alumbra todos los días detrás del horizonte, pero una barrera terrible, quizás la que separa al Dios del hombre, la limítrofe línea entre lo desconocido para nosotros y nosotros, que le frena y le anula todas las deliciosas viandas del manjar que ofrece la voluntad.

Arturo Echeverría también teme, también tiene anhelos, pero también dudas; vimos como Centeno buscaba la inspiración... prefiere oír la voz de Cristo que dice: "¡No temas, cree!" que como Echeverría meditar sobre la muerte misma:

"Nada queda impune,
todo está en el principio y en lo que acaba
de todas las cosas"
"El río al mar,
el hombre a la tierra,
a su sepulcro".

Con belleza esplendorosa utiliza una bella analogía para describir su interminable dudar:

"Volvemos al principio de la ruta seguida,
caen los pasos sobre los mismos pasos en el polvo"

Añade brillantemente:

"El viento repite siempre las mismas palabras
y es la misma sombra la que nos persigue"

El duda porque la gente dice gustar de hablar de "cosas y presagios" pero el anhelo nunca cesa, habla de angustiarse "hasta llegar al polvo, al lodo o a la nube, al mar o a la montaña". Aseméjase a Centeno, pues Centeno vive en el dudar, su fe desesperada como la de Pascal, rechaza la opinión del vulgo, esta fe es como la de Lutero, cree y te salvarás, no es la simplona oración del cándido, es el grito aterrorizado del hombre, grito que desde la garganta huesuda de su soledad no sabe si se pierde en la infinitud de un universo siempre silencioso.

Sed de Dios

Feuerbach anotaba que Dios es una ilusión de Dios; varios pensadores actuales opinan que los "éxtasis", como los poemas de San Juan de la Cruz no son otra cosa que el deseo del hombre de ser Dios, y en efecto en una última instancia el hombre quiere ser "restituido" al fuego eterno, algo más o menos como una inmortalidad impersonal al

modo de Aristóteles. Lo cierto es que el hombre tiene sed de Dios, tal vez pensando en eso dijo Jesús "Quien coma mi carne y beba mi sangre vivirá eternamente". Esta pasión por trascender es el destino mismo del hombre que se manifiesta desde los principios mismos de la civilización.

La humana mentalidad del hombre primitivo suponía que el caer de los rayos era porque un señor que estaba sobre las nubes se enojaba: así surge la idea de Zeus armado con varillas de fuego... cuando el hombre sabe que en las nubes hay corriente eléctrica hay que olvidar a Zeus, esa es la historia de las religiones. Comte, genio de la sociología y el positivismo, decía que la religión estaba en una etapa alta en relación a las anteriores (aunque siempre errada) pues la concepción de Dios era abstracta y desde luego menos fetichista: éste es el Dios que quisieran encontrar Centeno y Echeverría, un Dios no de largas barbas sino fuente de la poesía que los quema y los redime, un Dios sencillamente, que les diga: vivid por siempre.

La desesperación humana es el tener esa sed de Dios y no poder colmarla: "La muerte está en la sed sin agua"... y piensa de los hombres:

Silenciosos, gigantes árboles de polvo,
los dioses enmudecen
al morir la lluvia, ya no son inmortales,
y de sus manos salen — ¡milagro de sus manos! —
suaves hilos de agua restañando dolores".

Aparece otra vez el "dios primitivo" de Centeno en esas frases de Echeverría. Dios —dice Centeno— es "donde van las aguas de la sed", a El va la pregunta y va la duda. "Tú, que cuando te arrodillas cobras celestial altura" habla Centeno del que ora. Alcanza enorme perspectiva cuando eleva su voz al cielo:

"¿Hasta ti no llegaron
las débiles serpientes de mis brazos
tendidos como ríos amargos? "

Es ya desesperación que desgarrar, es ahora Echeverría quien se lamenta:

"los dedos de Dios
cavan hondo:
conciben nacimientos
y muerte, y su nombre
se extiende
como una red con peces
hasta abarcar el alma"

Centeno eleva de nuevo el florido canto:

"Te llamé con palabras del hombre
y con verbos sagrados.
Por la noche,
en lo alto de mis tiendas
encendí una lámpara
(¡Fanal desesperado!).
En la margen de los ríos
adelgacé mi voz para llamarte:
— "¡Estoy aquí... aquí abajo! "
Mas tú olvidaste
que fui hecho de tu nombre

y la carne de gusano”.

Centeno no se cansa de orar, sigue pidiendo a ese Dios que “fue avaro de su voz y su palabra”, “Dios no responde a la voz desesperada”.

Y vuelve a la infantil pregunta:

“Sobre la cabeza del hombre tiembla, la noche de
estrellas; arden pitagóricas, las constelaciones. Y
él exclama: ¿Qué soplo crea las pristinas lámparas,
qué mano las enciende?”

La vida es triste porque nuestros fueron hechos para no ver a su creador.

Y la duda se cierne como águila tras su presa: decide el poeta la ilusión y ésta resulta fugaz como un relámpago:

“Construí dioses con mi dialéctica y mi barro. . .
¿podrán mis manos modelar igual que un dios en
el primer día del Génesis? ... Magnifiqué el vivir,
y el alma se me escondió a llorar junto a la muerte...
A la par de la roca y los metales, ¿no alumbra
ni crece el espíritu?”

Lo dramático es el estar...

“Seguros de llegar
lejos o cerca,
en el mismo fin y principio
del camino
en el que está el arranque, la partida y el regreso,
el término deleznable del barro que llega a ser polvo.
Ahí huellan nuestros pasos.

Este último verso es de Echeverría quien fija todo el dramatismo de su obra en la espera ineludible de la muerte, en la cita con “el mar o la montaña, con la nube o con el lodo”.

Fernando Centeno oye la presunta voz de Dios y delira:

“Hay cosas que no viven
porque su tiempo
todavía
no existe”

Persiste en la misma angustiosa situación y el final del poema guarda todo el dramatismo, sin desfiguraciones, sin exageraciones, sin rodeos:

“¿Habré creado a mi Dios con el hūmo
vagabundo de mi sueño, en el aire
alucinado de mi canto?”

Este verso final es de un singular encanto, pareciera lo más explosivo de lo humano, tiene enorme belleza lírica y un hondo contenido trágico, diríamos que es hermoso como un rayo que azota la noche y quema fulminante.

EPILOGO

“¿Por qué teméis? ¿Acaso os falta fe? son palabras de Jesús... pero también son palabras de aquel crucificado: “¡Dios mío! ¿por qué me habéis abandonado?” Nuestro destino es el incesante preguntar, aunque el eco sea el cruel testimonio de nuestra soledad, nuestra condición humana nos encierra en el dudar; el cáliz amargo de la vida es la incertidumbre.

Creo en un hombre creador de valores, creo en un hombre solitario, amo al hombre no por Dios, sino por el hombre, al hombre que padece y que conozco, al que llora, al que sufre... Echeverría dice: “Qué inútil la voz cuando no clama, cuando sólo suplica con palabras!” Y Centeno clama: Amo al hombre por Dios. Me parece que se debe interpretar más bien como quiero amar al hombre porque quiero creer en Dios. Por ello dice: “Creo en la poesía porque creo en el hombre

“Creo en el hombre porque creo en Dios”, en verdad al que quiere es al hombre... a ese hombre que decía yo que tanto sufre.

Estamos, pienso, en presencia de un milagro: el hombre, pobre hombre, está construyendo el mundo, el instrumento que tiene en su mano es arma de muchos filos: alguien le dio el poder del átomo para destruir, del saber para desesperarse, de las lágrimas para llorar, del corazón para amar y sufrir, del odio para matar lo humano, del arte para edificar del barro el mármol, le dio el poder de llegar a enorgullecerse de ser hombre.

El nuevo mundo de la paz estará en manos de intelectuales y artistas, el mañana gemirá cuando sepan que en nuestro siglo millones de hombres murieron de la enfermedad más triste y más fecunda de nuestro días: la incompreensión.

El artista tiene una sagrada misión que construir, el filósofo a la larga desaparecerá, pero el poeta seguirá regalándonos la inconfundibilidad de su obra indeleble.

La mano sabia del artista tiene que rejuvenecer el laurel inmortal de la belleza a cada momento, y el poeta tiene un supremo compromiso con el hombre, para este hombre que desea aprender a no llorar. El proceso del arte es el mismo, siempre con esa dulzura embriagante para el creador, dice Stefan Zweig: “Siempre es el mismo proceso: un sueño se convierte en fenómeno duradero, una idea toma forma, lo inconsciente de un solo hombre genial llega a la conciencia de la humanidad entera”. Ante ese panorama, la obra de Centeno y de Echeverría cobra valor porque es bella su obra y porque se centraliza en el problema del hombre.

Para quienes exigen una posible respuesta al enigma de lo desconocido, para los aventureros de la mar tormentosa del filosofar, para los enamorados de la lírica, para los hombres, Centeno y Echeverría han sembrado una semilla rica de inquietudes.

El embrujo fascinante de la música, desde los juegos píticos de Delfos hasta la mundaneidad sicodélica de los beatles, el florido lenguaje de Homero hasta el genio de Neruda, la medicina desde Galeno al Dr. Barnard, la pintura desde las cuevas de Altamira al genial pincel de Picasso, el teatro del inicio con los clásicos griegos al talento de Sartre, la física desde Demócrito a la era del cerebro electrónico... todo, todo invita al misterioso cosmos de la imaginación, desde el riguroso número de los pitagóricos hasta el vino en notas del inmortal Tchaikovski, el hombre está exigiendo una explicación, una explicación a la grandeza y minimidad del hombre, a la tragedia, la dicha y la verdad, y éste es el legado generoso de Centeno Güel y Echeverría Loría para la posteridad; un

testamento valioso: un por qué llorar, un por qué reír.

Para los que creemos que la belleza y la sabiduría habrán de reinar un día sobre lo antiestético y la bomba atómica, ésta es una era de dolor, dolor por el hombre que está contra el hombre... la nuestra es una época triste: es aquella en que todos conocen al guardameta o al goleador de tal o cual equipo de fútbol y no conocen a los verdaderos paladines de lo humano; aún no hay Cultura, no se conoce a quienes pueden con su pensamiento engrandecer el curso de la historia, no se conoce a los grandes hombres, la Cultura está todavía atada al imperio del dinero y seducida como una virgen profanada por los secuaces de la ignorancia: las falsas "culturas". Época nefasta para los grandes espíritus, pero también, más que nunca época para sembrar para que otros cosechen.

Este es un homenaje contra el anonimato, es un testimonio de que hay hombres, es una gota de agua clara en un mar de lodo, pero es una gota con un profundo mensaje: el del hombre que se sabe en la perenne obligación de superarse en el ejercicio de la libertad.

Gracias Arturo Echeverría, estés en el sol que nunca muere o en el polvo, estés donde estés, gracias.

En el espíritu atormentado de su alma labra el cincel de Fernando Centeno el canto armonioso de su desesperanza y de su anhelo. Es —decía— canto armonioso, es agua de un rico manantial. El vivir es la paradoja del ser del hombre... Fernando Centeno ha resistido la paradoja, a veces se aleja a soñar, a veces a orar, posiblemente llorará de vez en cuando. . . de él se podrían decir muchas cosas, pero una sola bastará para identificarlo: Fernando Centeno es un poeta y un filósofo porque antes que poeta es un hombre, un buen hombre, un verdadero hombre... a él también gracias por su cálido mensaje humano.